V

CONSTRUCCIONES CICLÓPEAS EN EL CERRO DE ALARCOS

Nuestro ilustre y antiguo correspondiente en la provincia de Ciudad Real, el Sr. D. Inocente Hervás y Buendía, que á pesar de su avanzada edad tiene para las empresas de la virtud y de la ciencia energías extraordinarias, nos comunicó hace algún tiempo el hallazgo de una lápida con inscripción romana, de la que, con su habitual competencia, dará noticia nuestro sabio Director, y de una, á su entender, construcción ciclópea, cuya fotografía se reproduce adjunta, encontrada en el cerro de Alarcos, situado á unos nueve kilómetros al O. de Ciudad Real.

Ocupa el mencionado cerro excelente posición junto al río Guadiana, que, extendido considerablemente hasta allí, ha pasado su corriente por un fondo limoso entre peligrosos carrizales al pie de las ruinas de la villa de Calatrava, casa matriz de de una de nuestras más preciadas órdenes militares, y después, entre Calatrava y Alarcos, por un puente antiguo denominado del Emperador; lugares éstos que, con el ya mencionado de Alarcos, evocan recuerdos de otros tiempos, de otras épocas, de otras creencias y de otra España, en la que había fe y energías, ideales grandes, empresas nobles y levantadas, y luchas épicas que, teniendo por teatro las orillas de ese río, daban alternada ocasión á inmensos reveses como el de Alarcos, y á grandes victorias como la de las Navas.

Levantaba Calatrava sus fuertes murallones en el borde mismo de la corriente, con sus torres albarranas, que defendían el acceso por el río; con su profundo foso que la separaba de la inmensa campiña; con extenso perímetro y doble recinto, donde se albergaban por un lado los ricos propietarios de los feraces campos que la rodean, el industrial y el comerciante, y por otro, la escogida guarnición, formada primero por las milicias y voluntarios mahometanos, y después, por los valerosos y esforzados caballeros que de ella tomaron nombre. Magnífica y ventajosa-

mente situada en el forzado paso de Toledo á Jaén (ambas poblaciones de la más alta importancia en la Edad Media), era emporio de vida y de riqueza; el extenso llano que la rodeaba, abundante en cosechas, contribuía á su prosperidad y esplendor, y así vivió siglos, dando albergue al trabajo honrado de los campos, á la noble profesión de las armas, y al no menos honroso cultivo de las letras, ya que en ella reuníanse, en tiempo de los árabes, peregrinos ingenios que pasaban las veladas en discreteos literarios.

Hoy, de aquéllo sólo queda un montón de ruinas, una impresión de tristeza y de anonadamiento; allí reina el silencio, no turbado ni aun por el rumor del inmediato río que se desliza penosamente en los peligrosos cenagales que le ocultan; y hasta la calma y serenidad del cielo, la inmensidad de su horizonte y el aislamiento y separación de todo pueblo, contribuye á que la impresión resulte más honda, más penosa, más profunda: aquéllo parece un campo de la muerte.

Nada recuerda al caudillo gaditano (Aben-Cadis) que defendió por última vez la plaza contra los ejércitos de los cristianos, y tampoco ha habido almas piadosas que erijan un modesto túmulo á los mártires de la patria y de la fe, sacrificados por el enemigo, pues la que, con el nombre de Capilla de los Mártires, elevaron sus contemporáneos, fué destruída en las inmediatas contiendas, y hasta la Naturaleza ha contribuído á convertir en desolado campo lo que antes fué alegre y bulliciosa villa, pues las fiebres hicieron inhabitable la comarca, al decir de algunos documentos. Mas es posible que fuera ésta también obra del dolor que producía el vivir, ya efectuada definitivamente la conquista, en villas como Calatrava y como Alarcos, donde habían de revivir los recuerdos de tristezas; influirían también, quizás, la tranquilidad del reino y la seguridad de la vida, que dieron por resultado el abandono de los puntos fortificados y el desarrollo de las villas comerciales, siendo el ejemplo de ello la fundación de la actual capital de la provincia, hecha por Alfonso X pocos años después, á cuyo efecto escogió hermosa llanura y no enriscado monte, colocando la nueva población en

sitio cómodo, antes que en lugar inexpugnable y fuerte, y abandonando la inmediata Alarcos, de fatídicos recuerdos por la derrota experimentada al finalizar el siglo XII.

Erguíase esta antiquísima población que Tolomeo denomina Ilarcuris, y cuyo nombre reproducen las inscripciones lapidarias, sobre un cerro de fuertes y ásperas pendientes. Ciudad murada como Calatrava, pero mucho más fuerte por la naturaleza, dominaba el Guadiana, cuya corriente se percibe desde que empieza á dibujarse más allá de Calatrava, y era al par villa, fortaleza y atalaya, desde donde la vista se tendía sin obstáculos hasta las grandes cordilleras toledana y bético-manchega. Allí, en nefasto día, las numerosas huestes africanas y andaluzas pelearon contra Alfonso VIII, que en vano había solicitado auxilio de otros reyes que, como él, cristianos se llamaban; y allí, hacia el NE., en el Arroyo de las Ánimas, pereció la flor de la caballería calatreveña, después de tres furiosas acometidas, porque al fin venció el número al valor.

Entonces Alfonso quiso hacer un esfuerzo supremo, é intentó bajar á la llanura, mas las reservas del ejército mahometano, que, estando antes escondidas, aparecieron por uno de sus flancos, le obligaron á penetrar en la ciudad (probablemente por la puerta hoy inmediata á la actual ermita), y viendo destruído su ejército, hubo de pasar á Toledo, saliendo por otra puerta, de la cual quedan el recuerdo y un ancho boquete en el muro, que los naturales denominan *Puerta de Alfonso VI.*

En cuantas ocasiones hemos recorrido estos parajes, ha llamado nuestra atención aquel muro de bien trabada argamasa que permanece en pie, del cual, parodiando las frases del poeta Becquer, podría decirse que

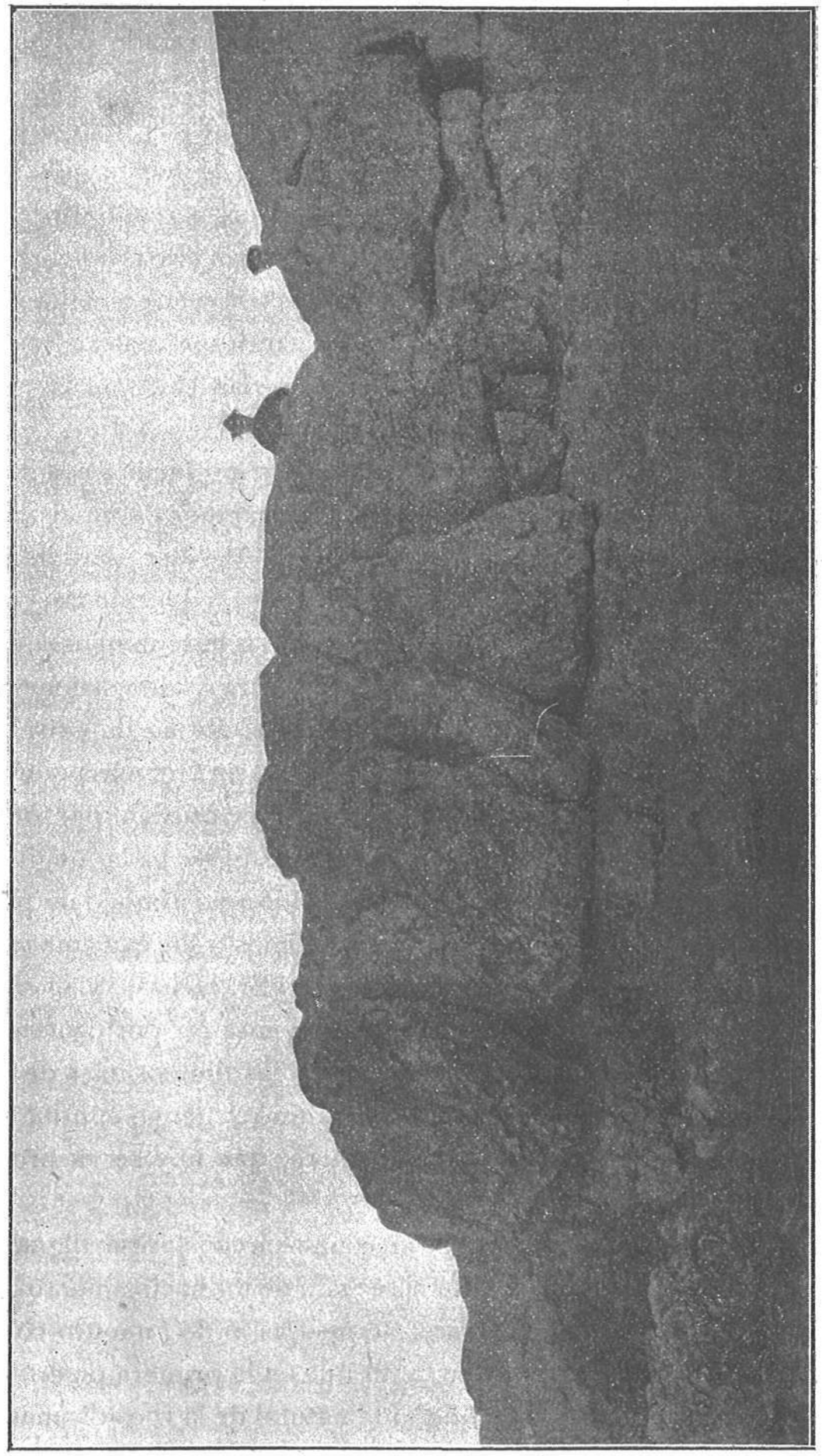
«Espera una voz que le diga, despiértate y *habla.*»

porque también los murallones y los vestigios hablan, y hablan con elocuencia á veces; mas es preciso despertarlos de su sueño secular; es preciso que la pala ó la piqueta hieran sus mutilados restos y descubran una inscripción, una piedra labrada con arte definido, una tumba que nos conserve un nombre; un arco que

nos fije un estilo. Entonces sí; como si la herida que la destruyó se renovara, descúbrense cosas interesantes, se resuelven dudas y se abren nuevas páginas para su historia y se reconstituye su pasado y se ve cómo era la ciudad, cómo eran sus habitantes, cuáles sus costumbres, cuál su industria y hasta cuáles las sublimes manifestaciones de la religión ó del arte. Esto es lo que espera Alarcos: la piqueta del arqueólogo, que si no lleva el germen de la vida, contiene la virtud de la supervivencia y de la gloria, porque ese pelado cerro encierra tesoros artísticos inmensos y es sólo la investigación diligente y sabia la que puede producir su descubrimiento.

Hace ya algunos años, no muchos, débil aún y convaleciente de penosa enfermedad, tuve, sin embargo, alientos para bajar desde lo alto del cerro hasta el arranque de la cuesta donde me esperaba el carruaje, llevando en los bolsillos trozos de cerámica, y, sobre todo, una piedra de gran peso que figuraba la cabeza de un animal toscamente labrada; era aquello no más que una línea, si se quiere reducir su valor, de la historia del arte en Alarcos, que espera en la Comisión de monumentos, á donde la conduje, el oportuno estudio. De Alarcos conservo también una hoja de lanza árabe, convertida antes de llegar á mi poder en cuchillo de monte, en la que es tal el temple, que parece revelar en ella persistiera el encono del que la forjó, pensando en que había de herir á su encarnizado enemigo; á pesar de haber permanecido durante siglos enterrada su aguzada punta, parecía tener deseos de penetrar en la carne cuando se hacía presión con los dedos sobre ella.

Allí hay también un algibe magnífico, pues estando la ciudad en lo alto de un cerro, era difícil el abastecimiento de agua por otros procedimientos; allí se ven grandes sillares labrados en un saliente de la muralla, del cual apenas se divisan los cimientos; y las calles, ceñidas por los restos de los muros de las edificaciones y el castillo convertido en montones de escombros ó en cerro artificial, pues los materiales procedentes de la parte alta de las murallas han formado talud y han cubierto gran parte de la edificación, convirtiendo en habitaciones subterráneas las que



antes estuvieron por encima del nivel de las tierras, bastando subir á lo más alto para ver perfectamente el trazado poligonal de la fortaleza; sus torreones, que mirados desde arriba parecen pozos, y se adivina el foso labrado en la roca hacia la parte oriental. Todas estas son páginas de la historia de la ínclita villa; todos son elementos de su historia, que es preciso reunir, ordenar y depurar, y cuando se ve esto y se encuentran al pasar sobre su campo trozos de cerámica y de objetos, se convence el ánimo de que una exploración ordenada daría cuantiosos materiales arqueológicos de una serie de centurias y serían sumamente provechosas para la historia y para el arte.

Pero ahora las noticias que el Sr. Hervás me facilita nos lleva á otro período anterior, pues se trata al parecer de un sistema de construcción más remoto y gigantesco. Al bajar la rápida y resbaladiza cuesta del castillo, en dirección á Occidente, y á unos 20 m. de distancia, se levantan sobre las lajas inmensas que forman el suelo dos hiladas de diversa figura y dimensiones y sobre ellas grandes peñascos que afectan la forma de prismas, todos enormes, toscos y de figura irregular, sin argamasa que los una y acuñados los huecos que entre ellos quedan por otras piedras más pequeñas; su altura es de 3 m. y de 11 la longitud, estando orientada de E. á O. y presentando tres á modo de paso ó entradas, uno en el centro, y dos próximos á los extremos.

De ciclópea califica esta construcción el Sr. Hervás, y en verdad que de tal modo puede denominarse, mas no por concesión graciosa, sino por propio derecho, pues las dimensiones de sus elementos, que miden de 2 á 3 m. de altura y tienen aún mayor longitud, bien merecen aquel calificativo, que hoy se va prodigando con exceso.

En la fotografía puede apreciarse una circunstancia digna de tenerse en cuenta para decidir si se trata de un hacinamiento natural, aunque caprichoso y raro, de piedras, ó de un muro construído por el hombre, pues en tanto que en la primera piedra del lado izquierdo se ve la estratificación natural de la roca dispuesta, casi en un plano vertical, es horizontal, en la que cubre la mayor parte de la figura de D. Inocente Hervás, que es el sacerdote

que aparece en la fotografía, y esta discordancia impide suponer que todas ellas formaran parte de una sola roca que la acción del tiempo y los agentes atmosféricos podían haber fraccionado, pues en este caso los estratos serían concordantes. Tampoco puede explicarse, sino por la acción humana, la superposición de piedras grandes sobre otras hiladas más pequeñas, obra realizada al parecer para dar al muro más consistencia y lograr la misma elevación, y también contribuyen á fortalecer esta opinión la dirección rectilínea de la obra y la existencia de los pasos de comunicación. Trátase, pues, á nuestro entender, de una construcción propiamente ciclópea y de las más importantes por el gran tamaño de los materiales.

Por último, el mismo señor me dice que á unos 100 m. de la orilla del Guadiana y en tierras de labor del Conde de la Cañada y cerca del cerro de Alarcos, hay soterradas dos habitaciones blanqueadas y rectangulares de 2 m. de lado, abovedadas y con puerta de comunicación y linternas ó tragaluces de unos 40 cm. de diámetro.

Dada la importancia indudable de estos descubrimientos, me permito indicar la conveniencia de oficiar á la Comisión de monumentos de Ciudad Real para que sigan practicando trabajos de exploración y den cuenta del resultado obtenido.

La Academia acordará, sin embargo, lo más acertado.

Madrid, 23 de Octubre de 1914.

ANTONIO BLÁZQUEZ.

VI

EL LIBRO DE D. ADOLFO ARAGONÉS, TITULADO «ALHUCEMAS», Y ALGUNAS NOTICIAS DEL REINO DE NECOR

Nótase en la literatura española de nuestros días una tendencia, fácilmente explicable, á tratar de asuntos marroquíes, y es en esta empresa considerable la participación que toman los elementos militares.